

LEÓN FELIPE, PROFETA DE ESPAÑA

La primera proyección de las conferencias del poeta español León Felipe es la obvia resonancia lírica. Una emoción lírica que hace compartir los lapsos áridos del parlamento y los espacios culminantes con la garganta apretada y los ojos llenos de lágrimas. ¿Pero qué nos dice? El mismo afirma: yo no sé nada ni soy nadie; tal vez me llame Jonás, pues Jonás fué el profeta que se equivocó siempre y que al echarse sobre la cumbre de una colina para observar la destrucción de Nínive y el acaecer exacto de su profecía, comprobó que se había equivocado. No por culpa de él sino por causa de los propios habitantes de Nínive que hicieron penitencia y morigeraron de este modo las justas iras de Jehová. León Felipe se proclama el Jonás, el profeta que se equivoca, de la España actual, pero es, además, un exponente de individuo humano universal, símbolo de su especie, exaltado y descifrado, por supuesto, mediante los codicilos poéticos. ¿Y qué es este mandato de la poesía?, preguntamos nosotros. Cogido del modo emocional, como lo hace León Felipe, es un equivalente videncial y retórico del canto de los pájaros que el viento nos lleva y trae.

Pues la brisa también lleva y trae la voz del poeta que en virtud de su específica condición de alto poeta y no de lírico armónico y doméstico, vive limpio de las rutinas y de los prejuicios, desencadenado de dogmatismos y dialécticas. Sin embargo, la movible sensibilidad crítica de León Felipe al instante aclara lo que pudiera aparecer como afirmación mezquina y agrega con otras palabras: —Mas no es intrínsecamente el oficio de poeta, de artista, de sabio, lo que interesa, es el hombre, nada más que el hombre—. En esta progresión de su emotivo parlamento, el público se entusiasma y aplaude con frenesí. La frase nerviosa y vibrante, la acometida poética, empapada de cultura cristiana occidental, resume muchas embestidas de la

sensibilidad humana, desde David hasta el poema del Gran Inquisidor. Una embestida que al obtener forma y desarrollo verbal, primero impreca, después llora y por fin se resigna hasta alcanzar una pasividad panteística, donde la muerte prolonga la vida, ensamblada a sus mitos lógicos y teológicos.

Entretanto, el lírico profeta no quiere al arzobispo ni al Papa, porque entre Dios y el mundo no puede existir otro intermediario que no sea él mismo, ni otro acento que aquel hijo de su voz iluminada y profética. Ni acepta tampoco, es claro, que la constante voluntad representativa del hombre se resume en dialécticas, en sistemas filosóficos que estiren a su máximo poderío la capacidad razonable del hombre, ni en procedimientos mixtos que conjuguen un esquema sabio con las angustias irracionales de la forma humana y sancionen todo esto mediante disposiciones y alegorías dogmáticas. El poeta profético León Felipe está al margen de todo ello, salvando la pureza del hombre íntegro y la proyección insospechada de ese mismo hombre, inseguro con la salpicadura del fuego sagrado, inválido a fuerza de represiones y tormentos. Debe ser rescatado, entonces, ese individuo en todo su poderío, esa forma dentro del cosmos, según la pura doctrina marxista, esa forma digna de salvarse o de condenarse eternamente, debido a su posesión de un alma inmortal, según el hábil tomismo escolástico, esa forma dueña de un alma transmigrante y perfectible, según las viejas fuentes hindúes.

Es preciso salvar al hombre, proclama León Felipe, pero antes ensayaré yo el salvamento con la experiencia intuitiva del lírico que en su última aventura, aquella suspendida entre la vida y la muerte, recogerá la experiencia más honda para gritarla al advenedizo que afronta las infinitas tinieblas. Y en medio de todo este suceder de elementos polarizados hacia una misma raíz cultural, León Felipe escoge los grandes símbolos: Cristo y Don Quijote. El maestro, el héroe que no rió jamás el primero; el aventurero idealista el segundo, que marca el albor

de los atisbos escépticos, la risa fugada del espiritualismo cabalístico y supersticioso del medioevo, según nosotros. Y allí en Don Quijote, León Felipe establece el profundo diagrama de España, de la España eterna, de su madre y de la nuestra, cuya definición rigurosa de ella y de su profeta, resulta inalcanzable para una simple crónica admirativa.—LUIS MERINO REYES.